

¿Mucho que celebrar?

12 de octubre del 2024

Por Jesús Castillo

Este humilde texto tiene un propósito: invitar a la reflexión. ¿De dónde venimos? ¿Por qué nuestras culturas y naciones son lo que son hoy? ¿Cuál es el origen de los eventos que nos han formado?

Podríamos identificar dos grandes hitos que marcaron a la humanidad, transformando su cosmovisión, su forma de vida y su historia de manera trascendental. Estos dos eventos revolucionarios merecen nuestro reconocimiento, o al menos nuestra consciencia de su importancia: la "Revolución Neolítica" y el "Encuentro de Dos Mundos". Ambos representan momentos decisivos en los que el curso de la humanidad cambió para siempre.

El 12 de octubre es, en este sentido, uno de los hitos más importantes. Tras más de 13,000 años de separación —desde el deshielo del estrecho de Bering hasta el encuentro de 1492—, la humanidad se reencontró. En ese momento, se descubrió que había algo más allá de lo conocido.

Negar la importancia de esta fecha revela una consciencia histórica desmoronada. No hubo vuelta atrás, ni podía haberla. Solo Dios sabrá qué pasaba por la mente de quienes presenciaron esta reunificación. Generaciones completas fueron necesarias para asimilarlo. Isabel I de Castilla, Fernando de Aragón, Doña Marina, Xicoténcatl, Maxixcatzin, todos hijos de su tiempo supieron manejar la situación de una manera integral, guiados por los principios de la moral y ética católica. Su visión fue admirable, pues, aunque ignoraban mucho, comprendieron que debían actuar con prudencia. En política no hay casualidades, y no fue casualidad que todo esto ocurriera gracias a las políticas de los Reyes Católicos, la diplomacia de Hernán Cortés y la sabiduría de Maxixcatzin. Tampoco fue casual que el choque fuera violento, pues todo encuentro de magnitudes históricas genera fricciones.

Mi reflexión personal me ha permitido ver lo trascendental de lo sucedido el 12 de octubre de 1492. No hay vuelta atrás en mi entendimiento: este evento ha marcado todo lo que conocemos. La historia nos determina, y mi país, México, no se puede comprender sin ese día, sin Hernán Cortés, sin Doña Marina, sin los pueblos mesoamericanos, sin la Iglesia Católica, sin la Nueva España, sin Isabel y Fernando II, y sin la bravura de los tlaxcaltecas. Nos cuesta dimensionar todo lo que nos ha dejado esa herencia. ¿Qué ha sucedido en los últimos 300 años? La respuesta es simple: no hemos sabido proteger ni valorar ese legado.

Lo que soy, lo soy gracias a ese encuentro histórico. Una vez que lo comprendes, no puedes volver atrás. Fingir que lo sucedido fue solo un acto de saqueo y esclavitud simplifica la realidad. ¿Fue comparable a las conquistas del Imperio macedonio, mongol o romano? ¿Los pueblos indígenas conquistados no tuvieron un papel activo? ¿Por qué admiramos hoy la arquitectura virreinal, el mestizaje, la gastronomía, nuestro folclore, nuestra calidez y música, pero renegamos de su origen?

Es crucial no perder de vista el legado de la Nueva España y el valor de la unidad. Nuestros antepasados entendían que la patria no se toca. Hoy, los intereses de quienes no valoran la tierra, el trabajo o la familia amenazan con despojarnos de esa herencia. Quieren extraer la riqueza de nuestra patria, someternos económicamente, y en el proceso, hacernos olvidar quiénes somos.

¿Qué tiene que ver esto con el 12 de octubre? Todo. Cuanto más olvidemos de dónde venimos, más fácil será para el enemigo manipularnos. Si nos perdemos en la distracción, en metas financieras superficiales, en redes sociales que solo nos alejan de lo importante, seremos como plantas sin raíces, fáciles de controlar y sin nada que defender. La historia de nuestra patria es la historia de la resistencia y el esfuerzo de quienes nos precedieron, de todos aquellos que construyeron lo que hoy disfrutamos. Deberíamos valorar ese sacrificio y pensar más allá de nosotros mismos, conscientes de que estamos aquí para mejorar el mundo para los que vienen después.

El enemigo, al norte, sabe bien lo que somos y el valor que tenemos. Los mexicanos que trabajan en el extranjero mantienen de pie a una nación que no nos reconoce. Lo irónico es que ellos lo saben, pero nosotros, a veces, lo olvidamos. Es hora de quitarse la venda de los

ojos. Somos parte de una civilización no reconocida pero poderosa, cuyo logro del 12 de octubre fue fundamental. Ese encuentro no fue solo de ellos, fue nuestro, y deberíamos sentirnos orgullosos.

Nuestra historia no se puede entender sin reconocer la valentía y el coraje de los pueblos que la forjaron: ibéricos, mesoamericanos, andinos, africanos, entre muchos otros. Honremos su legado y comencemos a reclamar lo que es nuestro. Que el capital venga a nuestra tierra, sí, pero para cultivarla, no para saquearla.

Saber de dónde venimos es crucial, mucho más de lo que podemos imaginar. Honremos el sudor de quienes nos precedieron, aquellos gigantes sobre cuyos hombros debemos apoyarnos para seguir adelante. El día que despertemos nuestra consciencia histórica, el día que ese espíritu guerrero que llevamos en la sangre nos llene de coraje y sabiduría, habremos de revolucionar el mundo como lo hicimos aquel 12 de octubre. La iberofonía tiene un potencial inmenso. ¿Qué haremos nosotros al respecto?

Autor: Jesús Castillo (Chihuahua, 1994) es escritor, obrero y empresario, además de militante de Vanguardia Mexicana. Titulado de la carrera de Ingeniería Aeroespacial y autor de textos dedicados a la militancia de las Vanguardias Iberófonas Socialistas.

Correo: jesusdcastillo2048@gmail.com